

—¡Pobre almirante! ¡Pobre almirante! Y le dejamos para no verle jamás. Era nuestro padre, y le abandonamos,—decía una voz entre sollozos entre cortados y reprimidos.

—¡Me arrepiento, me arrepiento!—le contestaba secretamente otra voz imperceptible.

—Prefiero la muerte á la traición.

—La prefiero á la ingratitud.

Y se lanzó al agua.

Su compañero le siguió, y las canoas volaban, enmudecidas á la vista de dos hombres, que inspirándose en grandes sentimientos, se arrojaron al mar para sufrir los rigores de la suerte del almirante.

El almirante y su hijo se abrazaron, y dulces lágrimas surcaron sus mejillas.

Los momentos de un sepulcral silencio fueron breves.

Dos hombres subieron violentamente á la nave.

Eran Caballero y Fuentes, los que postrados de hinojos ante el almirante, besaban sus piés y los regaban con sus lágrimas.

Colón y su hijo los estrecharon con el entusiasmo de la más exaltada gratitud.

Capítulo LXI.

Después de la tormenta.

Un historiador, á quien seguimos muy de cerca, porque vá siempre por el camino de la verdad, al llegar á este punto de la historia del infortunado Colón, tributa á su memoria entusiastas y merecidas alabanzas.

En tanto que los hermanos Francisco y Diego Porras y su chusma vagaban con aquel desesperado y triste desenfreno, consecuencia inmediata del abandono de los justos principios, Colón aparecía sereno, majestuoso, confiado, como un hombre que cumple sus deberes, que vive en paz con su conciencia.

Ya le hemos visto esforzarse en consolar á los enfermos, en animar á los leales, en levantar la fé sobre la duda, la esperanza sobre el desengaño, olvi-

dándose de sus padecimientos físicos, de sus penas morales, y esto precisamente en los instantes en que unos cuantos desagradecidos, enarbolando la bandera de la más inicua de las rebeliones, se llevaban la parte vigorosa y sana de su gente.

La reaccion, como hemos visto, no tardó en operarse.

Hasta los que por efecto de sus enfermedades no habian podido partir con los rebeldes, y entre estos últimos se hallaban Bernardo de Valencia, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, animados por el sargento Dominguez y por los arrepentidos Fuentes y Caballero, se mostraron dispuestos á prestar obediencia á Colon y á emplear su ascendiente para con los demás, á fin de que, tranquilizando su espíritu, recobrasen pronto la salud y pudieran oponer resistencia á los indios, si aprovechándose de sus disensiones, intentaban atacarlos, ó contribuir á que los indigenas respetasen los tratados para que no les faltasen provisiones.

El almirante formuló su promesa de una manera aun más explícita, aun más terminante:

—Poned en Dios,—les dijo,—toda vuestra confianza, no dudeis de su infinita misericordia, de su ilimitada Omnipotencia, y yo os prometo solemnemente que al regresar á España me arrojaré á los piés de la reina, y obtendré para vosotros de su munificencia premios que recompensen vuestros padecimientos.

Estas palabras produjeron el efecto de un bálsamo dulcísimo sobre aquellos agitados corazones.

Llegó la noche y se entregaron al descanso, sin pensar ya en los rebeldes, que acaso caminaban á la muerte.

En medio del silencio, interrumpido por el suave murmullo de las olas, sólo un hombre no podia conciliar el sueño.

Habia sufrido demasiado, y aunque habia conseguido un verdadero triunfo, no se le ocultaba que la tardanza de Fiesco significaba su muerte, que Ovando no le enviaria auxilio, y que los que se habian calmado no tardarian en desesperarse.

A esta lúgubre idea siguieron otras más tristes todavía.

Los hombres más útiles para contener á los indios, para defender los buques de cualquiera invasion, se habian marchado; no quedaban en torno suyo más que enfermos.

Los cinco ó seis que podian prestar servicio tenian necesidad de asistir á sus camaradas, y no podian salir en busca de provisiones.

Los indios estaban acostumbrados á que los españoles fuesen hasta sus mismas chozas á recoger los alimentos, á llevarles las chucherías con que los pagaban, y era posible que perdiendo la costumbre y el miedo se desentendiesen por completo de sus huéspedes.

La Providencia, que velaba por el gran hombre, quiso que los padecimientos de sus soldados mitigasen los suyos, y que reanimadas sus fuerzas, hallase en aquellos instantes críticos la actividad y la inspira-

ción que necesitaba para evitar los próximos conflictos de que se veía amenazado.

«Por medio de una invariable buena fé y de una amistosa conducta, dice uno de sus historiadores, hácia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, logró procurarse de cuando en cuando considerables cantidades de víveres.»

Al día siguiente del en que estalló la rebelion, mandó al sargento Dominguez á buscar al cacique de la tribu más próxima á la costa, y le manifestó que las escenas que habian presenciado habian sido un castigo que habia impuesto á los que con sus abusos habian causado mayor daño á los indios.

—En lo sucesivo,—le dijo,—podeis anunciar á vuestros hermanos que nadie os molestará, y que en cambio de los víveres que nos traigan recibirán los diges más preciosos.

Para mantener la disciplina entre los suyos, llamó á los que estaban sanos, y les dijo:

—La precipitada fuga de los rebeldes ha sido causa de que nos dejen las mejores provisiones. Aun tenemos galleta, y con el pan de cazabe y la carne de cutia, podremos vivir hasta que acudan á socorrernos. Pero voy á haceros una proposicion. Es necesario que los enfermos se restablezcan pronto, y para ello creo que debemos duplicar su racion de galleta, privándonos nosotros de ese alimento.

—Sí, sí,—dijeron todos;—lo principal es que se restablezcan.

—Pero vos,—dijo uno,—estais tambien enfermo;

sois nuestro jefe, y debeis participar de ese manjar que es el que mejor sienta á vuestro debilitado estómago.

—Yo soy vuestro jefe, y es en mí un deber daros ejemplo: mi principal deseo es ver á todos buenos, mejorados de sus dolencias, prontos á contrarestar los atentados de los indios, y dispuestos á recibir confiados los auxilios de la Providencia.

La reaccion que se operó en su favor continuó creciendo.

El gran hombre, devorando sus penas, ocultando sus temores, velando sus zozobras con la actitud de la tranquilidad, logró infundir la esperanza en todos los ánimos.

«Con este trato atento y amistoso,—dice Washington Froign,—restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de contribuir á la seguridad comun.

»Juiciosos reglamentos, pacífica, pero firmemente sostenidos, restablecieron y conservaron el orden, comprendiendo todos, gracias al supremo y generoso esfuerzo de su jefe, que las restricciones que les imponia eran inspiradas por su propio bien, que la disciplina es el puerto de salvacion en todos los conflictos que producen las rebeliones.»

Pero apenas logró Colon disminuir las penalidades de su gente, apenas adquirió la seguridad de su obediencia, surgieron nuevos peligros, nuevas complicaciones.

Los indios comenzaron á echarse en el surco.

Poco afectos al trabajo, preferian pasar el tiempo

entregados á la molicie, á tener que cultivar la tierra, á fabricar el pan de cazabe, á cazar las cutias.

Los víveres disminuían, y necesitaban los hombres sanos abandonar á los enfermos para ir á reclamar á los indígenas los alimentos que debían entregarles con arreglo á los pactos establecidos.

Estos se evadían por medio de fútiles pretextos.

—Si no estais contentos con los dijés que os damos por nuestras provisiones, pedid más;—les decían los enviados.

—Todos tenemos abundantes joyas de las que nos dais en cambio de víveres, y cuanto mayor sea el número de ellas que poseamos, menor será su valor y su importancia,—contestaban los indios.

Los emisarios volvían sin provisiones.

Desesperados, recurrían algunas veces á las amenazas.

—¡Bah! No nos amedrentamos,—decían los caciques.—Os han abandonado la mayor parte de vuestros compañeros, sois pocos, y cuando vuestro jefe no ha podido dominar á los que se han rebelado contra él, ménos podrá dominarnos á nosotros, que en último caso somos libres, nada le debemos, y podemos, si nos molesta, arrojarle de nuestra costa.

Este lenguaje era la expresion del deplorable efecto que la infame conducta de los rebeldes habia producido.

No era, sin embargo, lo más temible.

Aquellos desalmados vagaban por la isla, cometiendo toda clase de excesos, desacreditando á su jefe,

y encendiendo la más profunda irritacion en los indígenas.

Estos, que llenaban diariamente la playa y conversaban con los españoles, comenzaron á retraerse y á mostrarse hostiles.

Las provisiones llegaron á faltar por completo.

Ni Diego Mendez ni Bartolomé Fiesco daban señales de vida.

El conflicto que les amenazaba adquiría cada día mayores proporciones.

—Luchemos con ellos, sometámoslos á la fuerza,—decían algunos, y Bartolomé Colon era de esta opinion.

—Las probabilidades del éxito están en su favor,—contestaba el almirante.—Más que la fuerza ha de salvarnos la maña.

—Mejor será perecer á sus manos que morir de hambre.

—No temais... Dios me inspirará.

—Es que pasado mañana daremos fin á las últimas provisiones.

—¡Pasado mañana!—dijo de pronto Colon.

—Sí.

—Pues bien,—añadió despues de recogerse un momento,—yo os prometo que pasado mañana tendremos abundantes víveres.

—No es posible.

—¡Fiad en mí!

Al hacer esta promesa, habia obedecido el gran hombre á una verdadera inspiracion.

Gracias á sus conocimientos astronómicos, pensó que la naturaleza iba á proporcionarle, precisamente el día en que más lo necesitaba, el medio de infundir pavor á los indios, de aparecer ante ellos como un hombre sobrehumano.

Al día siguiente envió á un indio que le servía de intérprete á llamar en su nombre á los caciques, anunciándoles que tenía que hacerles importantes revelaciones.

Después de convocarlos para el momento en que podría adquirir sobre ellos un nuevo y gran prestigio, aguardó con calma aquella hora suprema.

Capítulo LXII.

Hombres sin alma.

Aquella promesa solemne del almirante, después de tantas escenas de sentimiento, tranquilizó á todos.

Las rápidas emociones del dolor al placer habían producido un efecto maravilloso.

No veían ya á Colón como al aventurero y al ambicioso: lo veían como al jefe más autorizado y digno, y como al padre más solícito y cariñoso.

Todo cuanto sucedía tenía algo de sobrenatural. No es el acaso el que trasforma á los hombres de ingratos y turbulentos en dóciles y resignados.

Es la Providencia, la que después de haberlos sometido á pruebas más ó menos heroicas, quiere premiar las penas y vivificar los corazones angustiados.